

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

INTRODUCCIÓN

*Ardiendo en patrio amor el pecho mío,
de Dios con el auxilio soberano
Canto la Cruz y el valerosos brío
Del invencible pueblo castellano
Que tras ínclita hazaña, el poderío
Humilló al soberbio Mahometano.
Rompiendo su cadena vergonzosa
En las sangrientas Navas de Tolosa.*

(JOSÉ GARCÍA, "La batalla de las Navas de Tolosa". Canto épico.1859. estr. 1) (1)

Parece ser que Mutamid el rey de la taifa de Sevilla cuando tuvo que elegir entre someterse a los reinos cristianos españoles o al imperio Almorávide eligió a este último con el siguiente argumento: "Prefiero ser camellero en África que porquero en Castilla" lo cual demostraría el carácter esencialmente foráneo de las clases dirigentes de la España musulmana respecto a la tierra sobre la que ejercían su dominación.

El notable filósofo pero irregular- en mi opinión- historiógrafo español Ortega y Gasset señaló que no debería llamarse Reconquista a algo que duró ocho siglos, sumándose a la corriente muy en boga en aquella época que trataba dicho período histórico como un especie de guerra civil de larguísima duración en la que los contendientes serían esencialmente homogéneos en sus rasgos culturales lo que

(1).- En Alvira Cabrer (2000:152)

llevaba inevitablemente a postular la responsabilidad del largo conflicto en la intolerancia de una de las partes, que siempre era la cristiana y que trataba de imponer de forma bárbara su dominio a la otra parte, refinada, tolerante y culta.

No obstante parece más ajustada a los hechos la opinión de Claudio Sánchez Albornoz cuando dice:

Pero si en el solar del reino de Oviedo nació España, también en él maduró lo Español que ha llegado hasta hoy. Maduró – insisto – no por obra del contagio con lo oriental-islámico, sino de su batalla contra el Islam; batalla que no desarraigó de su pasado lo ancestral peninsular, sino que fecundó sus viejas raíces. (2)

Atacando de forma radical la tesis sostenida por Américo Castro.

En el Asturorum regnum nace España y lo hispánico; nace esa modalidad singular de lo occidental que surgió ya en los días de Ordoño I y de Alfonso III; un Occidente more hispánico, pero un Occidente. E insisto una y otra vez en la misma afirmación porque deseó desterrar la imagen de una bastardía; la torpe imagen de una españolía nacida de no se qué fantástica cópula de lo oriental islámico y hebraico con una femínea y débil comunidad norteña- ¿Cómo juzgar femínea y débil a la comunidad que resistió dos siglos las feroces dentelladas slamitas?- cópula que, a creer a los nuevos vilipendiadores de lo hispano, habría engendrado un pueblo marginado del Occidente creacional. (3)

En cualquier caso y dejando para otro lugar la controversia sobre el carácter del periodo histórico en cuestión es manifiesta la confrontación bélica prácticamente permanente entre las dos partes, cristiana y musulmana, de la península ibérica y dentro de esta la batalla de Las Navas de Tolosa es seguramente la más relevante, tanto por su envergadura como por sus consecuencias para el proceso que, a disgusto de Ortega, se conoce como la Reconquista.

(2).- Sánchez Albornoz (1985: 347)

(3).- Sánchez Albornoz (1985: 350)

ANTECEDENTES

Como señala Huici Miranda (2000: 9) las invasiones africanas de Almorávides, Almohades y Benimerines no sólo retrasaron durante cuatro siglos la finalización de la Reconquista sino que incluso pusieron en peligro el que dicho objetivo se pudiese lograr. Desde el 23 de octubre de 1086 en que el emir almorávide Yusuf ibn Tasufin derrotó a Alfonso VI de Castilla en la batalla de Zalaca o Sagrajas hasta la derrota el 30 de octubre de 1340 de los ejércitos de los reyes Abu Al Hassán Alí del reino meriní de Marruecos y Yusuf I del reino nazarí de Granada a manos de Alfonso XI de Castilla y Alfonso IV de Portugal en la batalla del Salado, nada garantizó que la España perdida en el 711 a consecuencia de la invasión musulmana fuese a volver a la soberanía de los reinos cristianos continuadores de la monarquía hispano-goda del reino de Toledo.

De los seis hechos de armas o batallas que describe Ambrosio Huici Miranda en su obra de referencia "Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas", tres se decantaron en victorias musulmanas Zalaca, Uclés y Alarcos y las otras tres en victorias cristianas Aledo, Las Navas de Tolosa y El Salado. Pero de todos ellos la batalla de Las Navas de Tolosa es la más importante tanto por el volumen de los contingentes enfrentados como por las consecuencias de sus resultados que no fueron otros que la quiebra definitiva de la posibilidad de detener el proceso reconquistador que culminaría en 1492 con la derrota del último reino musulmán sobre la península Ibérica.

Que en el plazo de ochenta años los reinos de taifas sucesores del califato de Córdoba pasaran de la hegemonía total que mantenía este sobre la mayor parte de España a verse obligados a pedir ayuda al Imperio africano de los Almorávides como única alternativa para evitar su conquista por los reinos cristianos debería llevar a la doble conclusión- de bastante actualidad- de que la división política engendra la debilidad y la destrucción de cualquier nación y que el interés geoestratégico de España debe priorizar de forma fundamental la frontera sur con el norte de África.

La organización militar y las tácticas de combate

En la época de que se trata – siglos XI a XIII – una diferencia fundamental se aprecia entre las organizaciones militares de los reinos musulmanes y cristianos de la península Ibérica, en los cristianos como dice García Fitz (2001:61) se puede hablar de una “sociedad organizada para la guerra” cosa que no ocurría en los musulmanes, donde el ejército era un “ejército de Estado” (Viguera Molíns, 2001:29). Esta diferencia se debía a la distinta configuración poblacional, ideológica y religiosa de ambos tipos de reinos.

Así se ve que en los reinos cristianos se tenía una organización militar que recordaba a los ejércitos de leva ciudadana de la Antigüedad griega y romana en la que cada individuo soportaba unas obligaciones en equipamiento armamentístico y servicio proporcional a sus bienes, a los distintos fueros del grupo social o poblacional a que perteneciese y a las circunstancias de “frontera” del Concejo de residencia. Así en las últimas décadas del siglo XI y primeras del siglo XII, las milicias de los Concejos de la Transierra castellana con Toledo a la cabeza fueron las que salvaron la situación y mantuvieron la línea del Tajo frente a la presión almorávide después de las derrotas cristianas de Zalaca y Uclés (García Fitz, 2001:70). Esta importancia de las fuerzas concejiles en los ejércitos cristianos se fue atenuando a partir de la batalla de Las Navas en la que el peligro musulmán fue quebrado decisivamente y empezó a preponderar el componente vasallático-feudal de las huestes de los grandes señores que habían recibido y siguieron recibiendo grandes donaciones de tierras y privilegios de los reyes. Asimismo las Órdenes Militares, desde su fundación a mediados del siglo XII, se fueron configurando como un componente militar de primer orden, superiores por su entrenamiento constante, armamento excelente y perpetua disponibilidad a las milicias señoriales y que junto a la mesnada real formaron la elite de los ejércitos cristianos.

En esta misma época y desde la reforma militar de Almanzor- como señala Viguera Molíns (2002:46)- el ejército musulmán de Al-Andalus había perdido su característica de reclutamiento de base territorial implantada desde la invasión y se nutría

fundamentalmente de contingentes mercenarios, principalmente beréberes del Magreb, y también de esclavos eslavos y de otras procedencias e incluso de mercenarios cristianos, lo que constituyó un factor de primera magnitud en la disgregación política que se produjo a finales del califato de Córdoba dando origen a los primeros reinos de taifas. Posteriormente se produjeron las invasiones africanas y entonces el grueso del ejército lo constituyeron los contingentes de las confederaciones tribales magrebíes invasoras, aunque siempre figuraban en él contingentes andalusíes y los voluntarios de la guerra santa en las campañas ocasionales.

En cuanto a las tácticas de combate empleadas por ambos adversarios participan de las generales de la cultura a la que pertenecían. Así en los ejércitos cristianos fue la caballería pesada el elemento fundamental como en los reinos de la Europa Occidental de la época mientras que en los musulmanes es la caballería ligera el elemento más característico como en los territorios mediterráneos y del medio Oriente dominado por el Islam.

Pero ambos adversarios compartían muchos elementos y tácticas bélicas. Por ejemplo la ballesta fue de amplia utilización en ambos bandos, dada su facilidad de uso, aunque no llegó a desplazar totalmente al arco debido a que con ella era imposible el tiro parabólico apuntando al blanco y eso limitaba mucho su alcance. Igualmente ambos contendientes empleaban la infantería en formaciones defensivas e incluso los andalusíes utilizaban caballeros pesadamente armados al modo cristiano.

Tanto musulmanes como cristianos emplearon la célebre táctica del *Tornafuye*, que consistía en repetidas cargas y retiradas de caballería, aunque era más característica de los musulmanes por tener en sus ejércitos más cantidad de jinetes ligeros aptos para esta maniobra sin agotarse. La caballería pesada cristiana se solía agrupar en pequeñas unidades de diez a treinta caballeros, llamadas *conrois*, en dos o tres filas en que la primera fila la formaban los jinetes más completamente armados y las demás sus escuderos y sirvientes, que cargaban juntos agrupados junto a otros *conrois* en líneas llamadas *batallas*, (Nicolle, 2011; 44) buscando romper la formación enemiga, atravesarla y volver a cargar juntos en sentido contrario. Ocasionalmente podían agruparse en forma de *cuneus* (cuñas) con filas progresivamente más numerosas.

La invasión Almorávide y las batallas de Zalaca y Uclés

Los almorávides fueron en su origen un movimiento religioso y político que surgió entre las tribus nómadas saharianas de la confederación beréber de los Sanhaya y que, con capital en la ciudad de Marraquech fundada por ellos en la década del 1060, crearon un imperio que comprendía en su momento de máximo desarrollo la totalidad de los actuales Marruecos, la mayoría de Mauritania y partes de Malí y Argelia, llegando por el Sur hasta los ríos Senegal y Níger.

Cuando el rey de Castilla Alfonso VI conquista Toledo en 1085, los reinos de taifas musulmanes de Al-Andalus, no sin grandes reparos y desavenencias motivados muy principalmente por el recuerdo del desastroso comportamiento que los beréberes norteafricanos habían tenido en el período final del califato de Córdoba acordaron, parece ser que a instancias principalmente del rey de la taifa de Sevilla Mutamid, pedir auxilio al emir almorávide Yusuf ibn Tasufin contra los cristianos.

Este cruzó el Estrecho con su ejército en el verano de 1086 y después de pasar por Sevilla y recoger los contingentes musulmanes de las taifas andalusíes se dirigió a Badajoz donde se le enfrentó el rey castellano en la llanura, próxima a la ciudad, de Sacralias que por corrupción dio Sagrajas y en las crónicas musulmanas Zalaca. Siguiendo a Huici Miranda en la obra de referencia citada anteriormente, la batalla se dio el viernes 23 de octubre de 1086 y en ella la carga de la caballería pesada cristiana deshizo la vanguardia musulmana integrada por los contingentes andalusíes para ser luego frenada por la formación compacta de la infantería almorávide y finalmente dispersada y derrotada por medio del envolvimiento de las alas que era una maniobra clásica de los ejércitos musulmanes.

Señala el autor que los mitos reseñados por los cronistas musulmanes y algunos cristianos del efecto pavoroso de los tambores almorávides y la firmeza de sus formaciones son falsos pues los unos eran conocidos desde antiguo en la guerra continua que se libraba en España entre cristianos y musulmanes y la otra no les sirvió de nada en sus batallas contra el Cid, que derrotó a los almorávides una y otra vez

observando la precaución que no observó Alfonso VI, es decir no permitir el envolvimiento por las alas. Asimismo señala la falsía de la presencia en el ejército de Yusuf de arqueros montados turcos, que tan decisiva actuación habrían de tener en la batalla de Alarcos y que no podrían repetir – por fortuna para los cristianos- en Las Navas de Tolosa debido a la configuración desfavorable del terreno.

El más importante resultado de la batalla no fueron las pérdidas de Alfonso VI- que Huici no considera demasiado grandes y desproporcionadas respecto a las de sus oponentes- sino que marcó un punto de inflexión en el proceso reconquistador en curso, acabando con la institución de los tributos pagados por los reinos de taifas- parias- y con el empuje, invencible hasta entonces, de los reinos cristianos españoles que a partir de ella tuvieron que mantenerse a la defensiva o a lo sumo en pie de reñida igualdad con el poder almorávide que poco después se instaló en Al-Andalus.

Precisamente cuando los almorávides de Yusuf acabaron con los reinos de taifas y unificaron el Al-Andalus musulmán bajo su soberanía fue cuando el rey de Castilla Alfonso VI tuvo que batallar denodadamente para poder conservar la línea del Tajo y la ciudad clave de Toledo ante las ofensivas almorávides, cosa que consiguió pero no sin ver al final de su vida una nueva derrota importante y personalmente trágica como fue la de Uclés en la que perdió la vida su hijo y heredero el infante Sancho Alfónsez.

Siguiendo al consabido Huici, vemos que el heredero de Yusuf ibn Tasufin como emir de los almorávides, su hijo Alí ibn Yusuf deseoso de emular y acrecentar los logros de su padre ordenó, en la primavera de 1108, al gobernador almorávide de Granada y hermano suyo Tamim ibn Yusuf el mando de una expedición contra la población y la fortaleza castellana de Uclés en conjunción con las tropas de los gobernadores de Córdoba, Murcia y Valencia que había sido abandonada por la viuda y heredera del Cid, Jimena, en 1102.

Ante ello el rey Alfonso impedido, por su edad y convaleciente de una herida recibida en batalla, de acudir en persona, manda una expedición de socorro al mando del célebre guerrero y compañero del Cid, Alvar Fañez y del conde García Ordóñez, preceptor del infante don Sancho que se incorpora a la expedición a pesar de su corta edad que no alcanzaba los quince años.

El viernes 29 de mayo de 1108 se encontraron los dos ejércitos a cierta distancia de Uclés. En el ejército almorávide la delantera la formaban las tropas de Córdoba, las alas las de Murcia y Valencia y el cuerpo principal en la zaga las tropas de Granada.

En el ejército castellano el centro lo mandaba Alvar Fañez, el ala o costanera derecha el conde García Ordóñez con el infante Sancho junto a él y la izquierda no se sabe quien.

La carga de la caballería pesada cristiana arrolló a la delantera de tropas de Córdoba que retrocedieron hacia la zaga de tropas de Granada al mando de Tamim que resistió y contraatacó. Al tiempo las alas almorávides envolvieron a las alas castellanas y las derrotaron con la típica maniobra de *tornafuye* de la caballería ligera musulmana, rodeando al centro cristiano que tras una desesperada resistencia se retiró hacia Madrid y Toledo con Alvar Fañez que como experimentado combatiente sabía como evitar los envolvimientos y la consiguiente aniquilación.

Las crónicas más creíbles hablan de tres mil muertos cristianos- entre ellos el infante don Sancho y el conde García Ordóñez- , con cuyas cabezas cortadas formaron los musulmanes un macabro montículo, como en Zalaca, desde cuya cumbre los almuédanos hicieron la llamada a la oración (Huici, 2000: 116).

A pesar de estas victorias el poder almorávide empezó pronto a resquebrajarse, tanto por la resistencia de los reinos cristianos peninsulares como, muy principalmente, por la aparición de un nuevo y formidable enemigo en África, los almohades, que en pocos años acabarían con ellos y los sustituirían en la soberanía tanto del Magreb como de Al-Andalus.

La invasión Almohade y la batalla de Alarcos

Análogamente a los almorávides, los almohades fueron en su origen un movimiento religioso y político que fue iniciado por una de las figuras más relevantes del Islam occidental, como señala Martínez Lorca (2004:2)- citando a Huici Miranda -"es imposible encontrar en la historia del Occidente musulmán una personalidad más destacada y una vida más extraordinaria que la de Muhammad Ibn Tûmart" y que se desarrolló entre las tribus del Atlas marroquí de la confederación beréber de los Masmûda.

El mismo autor en la página 9 de su artículo cita de A. Cheddadi una referencia a Ibn Jaldún en la que este establece los jalones de la sustitución del poderío almorávide por el almohade.

Una fuente importante es la obra Kitâb al-'Ibar del gran historiador árabe del siglo XIV, de origen andalusí, Ibn Jaldún. Antes de hablar en detalle de Ibn Tumârt y de la fundación del Estado almohade, traza en ella una pincelada de ambos al describir el fin de los almorávides. El fundador del movimiento almohade aparece en esta primera aproximación como "un jurista versado en la ciencia, que daba consejos y practicaba la enseñanza". Desde el punto de vista militar, Ibn Jaldún destaca estos tres hechos: la derrota de Tâsufîn ibn 'Alí en Tremecén (año 1144) ante el ejército almohade comandado por 'Abd al-Mûmin, que se apoderó así del Magreb central; el asedio y posterior toma de Marrakech, con la que concluía el poder almorávide en el conjunto del Magreb (año 1147); y la ocupación de al-Andalus por los almohades (año 1156). "Unidos tras la misma palabra, los Masmûda efectuaron varios ataques contra Marrakech. El viento de los Lamtûna se apagó en al-Andalus, las fuerzas almohades triunfaron y su mensaje se extendió entre los beréberes del Magreb".

Las vicisitudes del dominio almohade en Al-Andalus se escapan del objetivo de este artículo pero existen dos elementos particulares de esta etapa sobre los que conviene detenerse pues tuvieron una importancia fundamental para el tema principal a considerar- la batalla de Las Navas de Tolosa-, que son las Órdenes Militares y los arqueros Agzaz.

Las Órdenes Militares

Las Órdenes Militares españolas fueron en su origen hermandades de caballeros nobles y religiosos sujetas a una regla monástica y con la finalidad de defender la religión cristiana tanto por la palabra como por las armas. Se inspiraron en las fundadas en Palestina a raíz de la primera Cruzada, la de los Hospitalarios y la del Temple y para la época que se trata eran la de Santiago y la de Calatrava en la zona en que se dieron las batallas de Alarcos y Las Navas de Tolosa y la de Alcántara- que nació como una filial de la de Calatrava- para la zona occidental de la península.

Parece ser- Martínez Valverde (1983:10)- que tuvieron cierto parecido en su cometido de defensa de las fronteras con los conventos fortificados de monjes-soldados musulmanes llamados *ribats* fundados primero en la época del último califa de Córdoba Hixem o Hisham III que reinó de 1027 a 1031.

En el plano militar constituían una fuerza formidable por su armamento y experiencia continua en la guerra fronteriza, siendo sus mesnadas- freires caballeros, jinetes y peones de sus encomiendas- seguramente superiores tanto a las mesnadas de los Concejos como a las mesnadas señoriales y reales, pudiendo poner sobre el campo- según el autor anterior- unos dos mil hombres de los cuales de quinientos a setecientos serían freires armados al modo de la mejor caballería pesada de la época apoyados por jinetes auxiliares y peones armados de lanzas y ballestas.

Su modo de combatir era agrupado en torno al pendón de la Orden- rojo carmesí con la imagen del Apóstol montado en caballo blanco el de Santiago, blanco con una cruz negra el de Calatrava- que era portado al lado del maestro de la Orden si estaba sobre el campo o de la mayor jerarquía presente. La táctica de combate predominante sería la carga de los caballeros freires en primera línea apoyados en segunda línea por los caballeros villanos auxiliares, en formación de *cuneos* o *conrois* mientras que los peones formaban una línea de sostén, reagrupamiento y protección.

Los arqueros Agzaz

Seguendo a Maíllo Salgado en el artículo reseñado, la confederación tribal de pueblos turcos Oguz (a la que pertenecían los turcos seljúcidas)- siendo *guzz* un miembro de estas tribus y *agzaz* el plural- se desplazaron en sucesivas oleadas durante los siglos VIII al XI a Irán y Anatolia. Para el propósito de este artículo lo interesante es que dos contingentes de estos pueblos penetraron en Tripolitania y Túnez hacia 1172, originalmente enviados por Saladino como mercenarios y después de forma autónoma, conquistando Trípoli, Gabes y Gafsa y estableciendo su dominio sobre la región hasta que el tercer califa almohade, Al-Mansur, les derrotó en 1187 y 1188.

Pero el califa, habiendo comprobado la enorme eficacia de estos guerreros los incorporó a su ejército como tropas de élite, pagándoles espléndidamente y utilizándoles en sus campañas contra los reinos cristianos españoles. A ellos fue debida en buena parte la victoria obtenida por los almohades en Alarcos y a que no pudieron maniobrar adecuadamente- por la topografía del terreno y las precauciones adoptadas por el ejército cristiano- se debió que en Las Navas de Tolosa no se repitiese la derrota.

Eran arqueros montados, equipados (aunque no sólo) con el poderoso arco compuesto recurvado de los pueblos nómadas esteparios, que sumaba la fuerte tensión del recubrimiento interior de hueso a la del recubrimiento exterior de tendones proporcionando un alcance al proyectil muy superior a cualquier otro modelo, incluidas las ballestas europeas.

Su táctica de combate era la clásica de los pueblos de la estepa asiática, desde los escitas y partos de la antigüedad, es decir disparar una nube de flechas sobre el enemigo, tanto en ataque como en retirada, hasta conseguir romper su formación, bien por bajas, bien por que iniciase la persecución, para después tratar de envolverlo y aniquilarlo por medio de emboscadas preparadas. No es que fuesen invencibles, los ejércitos bizantinos y cruzados se habían enfrentado en numerosas ocasiones a ellos, pero su forma de vida que les proporcionaba un continuo entrenamiento para la guerra y su valentía les hacía adversarios temibles con los que la más mínima vacilación tenía consecuencias desastrosas.

El desastre de Alarcos

El rey Alfonso VIII de Castilla había dado un impulso fuerte a la Reconquista aprovechando el decaimiento del poder musulmán en España que acompañó al proceso de caída del Imperio Almorávide y el establecimiento de los segundos reinos de taifas, si bien a partir de mediados del siglos XII el nuevo Imperio de los almohades, sucesor del de los almorávides, bajo el mando de sus tres primeros califas Abd Al-Mu´min, Abu Yaqub Yusuf I y Abu Yaqub Yusuf II "Al-Mansur" se hizo con la soberanía en todo el Al-Andalus y en el norte de África.

Al subir al trono, en 1184, el califa Al-Mansur a la muerte de su padre Yusuf I en la batalla de Santarém contra portugueses y leoneses, tuvo que dedicarse a estabilizar la frontera con los susodichos reinos cristianos y Castilla consiguiendo imponer respeto a dichos reinos y firmando treguas con ellos en 1190 y 1191. Pero ya en 1192 los embajadores de Alfonso presentaron proposiciones que fueron juzgadas inaceptables por el califa y en 1194, el rey castellano aprovechó que Al-Mansur tenía dificultades con sus dominios de la región de Túnez para atacar la región de Sevilla. Ante ello el califa cruzó el Estrecho de Gibraltar con un poderoso ejército el 1 de junio de 1195 y se dirigió hacia Alarcos, cerca de la actual Ciudad Real, lugar en el que Alfonso VIII estaba construyendo una ciudad y castillo con el propósito de utilizarlos como base para sus expediciones contra los musulmanes. El día 13 de julio- a dos días de marcha de Alarcos-celebró Consejo de Guerra con los jefes de sus fuerzas, pidiendo opinión primero a los jeques de las cábilas almohades, después a los de las tribus árabes aliadas, luego a los jefes agzaz, a continuación a los jeques de las cábilas Zanatas (confederación tribal beréber aliada) y por último a los de los voluntarios de la guerra santa. En último término se dio la palabra a los caídos de Al-Andalus para aprovechar su conocimiento de las tácticas del enemigo cristiano (Huici, 2000:151). Esta prelación en las intervenciones en el Consejo da una idea clara de la importancia relativa de cada contingente del ejército almohade.

Entretanto Alfonso al saber la venida de los almohades había concentrado a sus fuerzas en Toledo y había partido hacia Alarcos enviando en vanguardia a las tropas de

las Órdenes de Santiago y Calatrava, sin esperar a las tropas de Alfonso IX de León que habían llegado ya a Talavera y a las de Sancho VII el fuerte de Navarra que habían entrado en Castilla ya.

Según Huici (200:152), el 17 de julio Alfonso VIII formó a sus tropas frente a los almohades pero estos rehusaron la batalla y al día siguiente, ya descansados, formaron a su vez en el campo aceptando Alfonso el combate.

Puede ser (4) que el ejército almohade formase en los cinco clásicos cuerpos de los ejércitos del Islam Occidental, en vanguardia (*muqaddama*) los voluntarios de la fe, los andalusíes y, posiblemente, las cábilas Zanatas más la cábila almohade de Hintata al mando del primer ministro del califa Abu Yayha (que pertenecía a dicha cábila) que enarbolaba el estandarte califal, como señuelo para atraer la carga devastadora de la caballería pesada cristiana. En las dos alas (*yanahain*), la caballería ligera de las tribus árabes aliadas y los arqueros montados turcos *agzaz* con la misión de envolver y desorganizar los flancos cristianos por medio de las cargas de *tornafuye* y el lanzamiento masivo de flechas. En el centro (*qalb*) formarían el grueso de las cábilas almohades y en retaguardia (*saqa*) la guardia personal del califa y su séquito (Huici, 2000:296, para la distribución de los ejércitos musulmanes).

Por parte cristiana parece que existió cierta precipitación por lanzarse a la batalla por creer que el rehusamiento del día anterior de los musulmanes al combate era señal de temor y ver ahora como formaban en batalla. La primera línea del ejército de Alfonso la dirigía el alférez real, don Diego López de Haro, y formaban en ellas los contingentes de las Órdenes de Calatrava y Santiago y otros que incluirían seguramente a la mesnada señorial de López de Haro mientras que la segunda línea la mandaba el rey Alfonso VIII.

La primera carga de la caballería cristiana atravesó la vanguardia musulmana ocasionando muchas bajas, entre ellas la de Abu Yayha, pero no pudo quebrar la formación central almohade empeñándose en un forcejeo estéril mientras que las alas musulmanas se ensañaban con los flancos cristianos desbaratándolos. En ese momento crítico el califa Al-Mansur avanzó e hizo atacar a las fuerzas almohades del centro que hicieron retroceder a las ya desorganizadas fuerzas cristianas,

convirtiéndose el retroceso en franca huída, primero hacia el castillo de Alarcos y después hacia Toledo, excepto una fuerza al mando del alférez real que quedó encerrada en el castillo. El propio rey Alfonso tuvo que ser obligado a la huída pues quería seguir batallando.

Como solía ocurrir en las batallas medievales las mayores bajas se produjeron durante la huída desordenada, las Órdenes de Calatrava y Santiago las sufrieron numerosas- entre ellas el maestre de la de Santiago- Sancho Fernández de Lemus- y todo el terreno hasta el Tajo tuvo que ser abandonado a los almohades perdiéndose todas las fortalezas que la de Calatrava tenía confiadas a su custodia incluida la madre de Calatrava la Vieja.

La magnitud del desastre sufrido por los cristianos la indica el que durante los dos años siguientes, 1196-1197, el monarca castellano no osó enfrentarse con los ejércitos almohades que razzieron su territorio y otra vez fueron los Concejos de la frontera los que tuvieron que defenderse por sí solos.

A partir de 1197 el rey Alfonso VIII firmó treguas con los almohades y pudo dedicarse a recuperar las pérdidas que había sufrido a manos de los reyes de León y de Navarra después del desastre de Alarcos, así como a preparar concienzudamente la revancha que conseguiría años después en Las Navas de Tolosa.

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

La ruptura de la tregua

Un año antes de que expirase la tregua con los almohades, en 1209, Alfonso VIII salió de Toledo en una expedición contra Jaén y Baeza mientras que el maestre de Calatrava- Ruy Díaz de Yanguas- salía con sus huestes desde el castillo de Salvatierra que era la posición avanzada de la Orden dirigiéndose contra Andujar y conquistando los castillos de Montoro, Fesora, Pilpafont y Vilches. El año siguiente, 1210, Pedro II de Aragón aliado de Castilla tomaba los castillos de Ademuz, Castelfabib y Sertella en la región valenciana en respuesta a la razzia marítima efectuada por la flota almohade contra Cataluña, (Huici, 2000:227-228).

A raíz de estos acontecimientos el califa almohade Al-Nasir- hijo del fallecido en 1199 Al- Mansur- ordenó la movilización para la guerra, pudiendo disponer de todas sus fuerzas al haber concluido las rebeliones de los banu Ganiya y de las Baleares y Alfonso VIII solicitó al Papa Inocencio III que se excomulgase a los reyes cristianos que violasen la tregua con Castilla mientras el rey de esta atacaba a los musulmanes.

El 16 de mayo de 1211 el ejército de Al-Nasir cruzó el Estrecho, el 1 de junio llegaba a Sevilla y a fines del mismo mes salió a campaña contra el castillo de Salvatierra.

La caída de Salvatierra y la predicación de la Cruzada

A raíz de la derrota de Alarcos los almohades habían conquistado la fortaleza de Calatrava la Vieja, sede de la Orden, degollando a todos sus defensores. Tres años después, en 1198, los caballeros de la Orden conquistaron el castillo de Salvatierra, más avanzado que aquel en territorio musulmán e hicieron de él una base de partida para incursionar y devastar los terrenos enemigos.

Presentóse Al-Nasir con todo su ejército ante Salvatierra y lo sometió a un estrecho asedio con empleo de cuarenta máquinas de sitio. Resistieron los caballeros calatravos durante cincuenta y un días pero al no poder esperar ayuda de parte del rey Alfonso que se mantenía vigilante ante la posibilidad de un ataque leonés y con permiso de este, capitularon y entregaron el castillo a Al-Nasir.

En octubre murió inesperadamente el heredero Fernando y el rey efectuó una incursión con las milicias de los Concejos de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés por el valle del Júcar al tiempo que conseguía que Inocencio III autorizase la predicación de la Cruzada para la primavera del año siguiente, 1212, en tanto que Al-Nasir se retiraba a Sevilla a pasar el invierno y mandaba orden de movilización general a todos sus dominios para el año venidero.

La concentración y la marcha hacia la batalla de los dos ejércitos

En febrero de 1212 comenzaron a llegar a Toledo los cruzados europeos (Jiménez de Rada, 1989:308) en un lento goteo durante la primavera, incluidas las huestes del arzobispo de Burdeos y los obispos de Nantes y Narbona además de gran cantidad de caballeros franceses e italianos más un contingente de caballeros y peones portugueses dignos descendientes de los bravos lusitanos y que se caracterizaban por su excelente forma física y su acometividad (Jiménez de Rada, 1989:309) y para el día 20 de mayo llegó el rey Pedro II de Aragón y poco después su ejército así como los contingentes señoriales de Castilla y las mesnadas de los Concejos castellanos además de las tropas escogidas de las órdenes militares de Calatrava con su maestre Rodrigo Díaz, del Temple con el suyo Gómez Ramírez, del Hospital con el prior en Castilla Gutierre Armillez y de Santiago con su maestre Pedro Arias.

Todos ellos fueron abastecidos de alimentos, armas y pertrechos por el rey Alfonso VIII, siendo el día 20 de junio cuando el numeroso ejército cristiano emprendió la marcha hacia la batalla dividido en tres cuerpos. Marchaban los primeros los cruzados ultramontanos guiados por el experto guerrero don Diego López de Haro, a

continuación el rey de Aragón con sus contingentes y cerrando la marcha las huestes castellanas de Alfonso VIII.

Entretanto el califa almohade abandonó Sevilla al frente de su numeroso ejército prácticamente al mismo tiempo que el ejército cristiano dejaba Toledo y se estableció en Jaén en observación, con el propósito de aprovechar las posibles dificultades de aprovisionamiento que a los cristianos les hiciesen tener que retirarse después de su penetración en territorio enemigo para atacarles con ventaja.

Sobre los caudillos de los dos ejércitos

“Abu Abd Allah Muhammad b´ Yusuf b´Ya´cub b´ Abd Al Munin conocido por Al Nasir, nació en la primavera de 1181. Hijo de Yusuf Al Mansur el vencedor de Alarcos, y de una esclava cristiana llamada Zahar (Flor). Era según Ibn Idari de barba rubia y ojos azules mejillas redondas y hermosa estatura. Cabizbajo, en extremo callado y de pensamientos profundos, parecía que la principal causa de su silencio era su tartamudez. Fue hombre prudente y valeroso, contenido en el derramamiento de sangre y poco entrometido en lo que no le concernía directamente. Solo ante el ataque de Alfonso VIII y de Pedro II contra Ademuz y Castelfabir en 1209 Al Nasir volvió a reunir su ejército preparándose para la guerra santa. La escuadra almohade atacó las costas catalanas con éxito, según Ibn Idari.”(Vara Thorbeck, 2005:69).

Alfonso VIII de Castilla *“fue un rey prudente, valiente y generoso, así como inteligente, de gran capacidad intelectual y memoria. Fue honesto y buen padre de familia. Existen testimonios escritos sobre el afecto que profesaba a sus hijos, y su matrimonio con Doña Leonor fue ejemplar.”* (Vara Thorbeck, 2005:66).

“Fue D. Pedro II de Aragón gran amigo y colaborador del rey de Castilla Era el rey D. Pedro de elevada estatura y arrogante presencia, celebrado por los principales trovadores; para ellos era la figura del príncipe soñado, derrochador bravo y galante D. Jaime I en el capítulo V de su historia afirma: “fue nuestro padre el rey más cortes y más afable en España; tan liberal y dadivoso que gastó sus rentas y sus bienes; era

caballero como ninguno en el mundo, y de tan señaladas prendas que la brevedad de este escrito no nos permite contarlas.”(Vara Thorbeck, 2005:68).

“Primo del Alfonso VIII fue Sancho VII de Navarra. Nació en Tudela en 1160. Fue de gran estatura, aunque no acromegálico. Lacarra considera que medía entre 2,27 y 2,31 metros. Este cálculo se hizo a partir de la obra manuscrita del canónigo Huarte, que se conserva en la Real Colegiata de Roncesvalles.”(Vara Thorbeck, 2005:68).

Primeras escaramuzas y retirada de los cruzados ultramontanos

El día 24 de junio llegaron los cruzados ultramontanos a la villa y castillo de Malagón e inmediatamente la atacaron tomando ambos por asalto y exterminando a su guarnición, el 25 y el 26 se reunieron con ellos las tropas castellanas y aragonesas y descansaron para pasar el Guadiana el día 27 y llegar ante la fortaleza de Calatrava que había sido conquistada por los almohades a raíz de la derrota de Alarcos. Durante tres días estudiaron los reyes y comandantes cristianos la fortaleza y el día 30 de junio se dio el asalto, aceptando los reyes cristianos la capitulación de los defensores a cambio de respetarles la vida y la libertad. Esta capitulación se hizo a espaldas de los cruzados ultramontanos que no estaban conformes con respetar las vidas de los defensores, entre los cuales estaba un célebre guerrero andalusí- Ibn Qâdis- cuya posterior ejecución por el califa almohade como castigo por haber capitulado sería motivo según diversas fuentes musulmanas del abandono de la lucha de los contingentes andalusíes en pleno desarrollo de la batalla de Las Navas.

Como consecuencia de ello, la gran mayoría de los cruzados ultramontanos abandonaron la expedición quedándose únicamente el noble del Poitou Teobaldo de Blazón- castellano de origen- y el arzobispo de Narbona con unos –quizá- trescientos hombres entre jinetes y peones (Huici, 2000:245).

La importante reducción de efectivos- quizá hasta veinte mil hombres- que significó esta retirada para el ejército cristiano y el menoscabo de la moral se vio pronto compensada y desaparecieron las dificultades en el avituallamiento que habían empezado a aparecer.

La llegada al campo de batalla

El 4 de julio Alfonso VIII con las tropas castellanas se puso en camino mientras que Pedro II permaneció en Calatrava esperando al resto de sus caballeros y al rey Sancho de Navarra. Los días 5 y 6 de julio los castellanos tomaron los castillos de Alarcos, Piedrabuena, Benavente y Caracuel. El día 7 de julio se reunieron los tres reyes junto a la fortaleza de Salvatierra decidiendo no atacarla por estar ya muy próximo el ejército almohade y después de hacer una revista general de fuerzas el día 8 y descansar el día 9, emprendieron la marcha para llegar el día 11 al pie del puerto del Muradal que está situado a unos tres kilómetros al oeste del paso de Despeñaperros.

Ese mismo día las vanguardias de exploradores castellanos al mando del hijo de don Diego López de Haro, don Lope y sus sobrinos Sancho Fernández y Martín Muñoz ocuparon el puerto del Muradal y desalojaron tras un duro combate al contingente almohade que vigilaba el paso, manteniendo la posición hasta que el total del ejército cristiano llegó el día 13.

Las avanzadas cristianas ocupan el castillo de Ferral que había sido abandonado por los musulmanes y verifican que el inaccesible desfiladero del paso de La Losa está ocupado por importantes fuerzas enemigas, se producen escaramuzas entre elementos de ambos ejércitos quedando los accesos al agua en poder de los cruzados ultramontanos.

El califa almohade había adelantado sus fuerzas hasta Baeza al saber por los trófugas cristianos el abandono de los cruzados ultramontanos y desde allí fue a acampar con todo su ejército al actual Santa Elena, enfrente del desfiladero de La Losa, decidido a enfrentar a los cristianos.

Ese día 13 de julio se celebró Consejo de Guerra entre los cristianos para discutir las acciones a tomar y casi se decidió un ataque frontal al paso de La Losa, que hubiese sido suicida, cuando se presentó un cazador o pastor que comunicó la existencia de un camino accesible para franquear la sierra y desembocar en la vertiente meridional.

Esa misma tarde Diego López de Haro y el alférez real aragonés García Romeu exploran el camino indicado por el pastor que transcurre hacia el oeste del puerto del Muradal durante unos cuatro kilómetros y franquea la sierra por el puerto del Rey y después lleva en dirección sur al cabo de dos kilómetros por el salto del Fraile a la planicie elevada de unos dos kilómetros cuadrados de la Mesa del Rey. Allí se establecen rechazando los ataques de un cuerpo de caballería almohade que intenta desalojarles y mandando aviso al grueso del ejército que llega al lugar el día siguiente, sábado 14 de julio.

Ese mismo día Al-Nasir hace formar a sus tropas en orden de batalla desafiando al combate a los cristianos que rehúsan, así como el domingo 15 en que también rehúsan produciéndose escaramuzas en las que los comandantes cristianos observan la movilidad y poder ofensivo de la caballería ligera de árabes y turcos del ejército almohade lo que les hace tomar la decisión importantísima de formar su orden de combate alternando las batallas (líneas de conrois) de caballería pesada con las formaciones de lanceros y ballesteros de los Concejos para que se apoyen mutuamente y sirvan de protección unas a otras con el fin de evitar los temidos envolvimientos de las ágiles tropas de jinetes musulmanes. Este propósito se veía favorecido por la configuración del campo de batalla que era un área de unos cuatro kilómetros de profundidad por dos o tres de anchura lo que no daba espacio suficiente para las maniobras de amplio envolvimiento de la caballería ligera musulmana.

La batalla

A la madrugada del lunes 16 de julio de 1212 *“estalló el grito de júbilo y de la confesión en las tiendas cristianas y la voz del pregonero ordenó que todos se aprestaran para el combate del Señor. Y así, celebrados los misterios de la Pasión del Señor y hecha confesión, recibidos los sacramentos, tomadas las armas, salieron a la batalla campal.”* (Jiménez de Rada, 1989:319).

Los órdenes de batalla de los ejércitos cristiano y musulmán así como sus efectivos son tema de debate aun hoy entre los historiadores. Sin caer en las exageraciones de las fuentes de la época creo que tampoco es demasiado realista

el cálculo escaso de algunos autores de hoy y considero razonable una horquilla de entre veinte y treinta mil hombres para el ejército cristiano y de entre cincuenta y algo más de sesenta mil hombres para el musulmán según las cantidades parciales que se enumeran a continuación (4).

Orden de batalla del ejército cristiano (5)

Se dividía en tres cuerpos, izquierdo al mando del rey de Aragón, central al mando del rey de Castilla y derecho al mando del rey de Navarra. Cada cuerpo se dividía a su vez en tres partes, delantera, centro y zaga y en cada una de estas partes se alternaban las líneas (batallas) de caballería pesada con las formaciones de infantería de lanceros y ballesteros.

CUERPO IZQUIERDO-ARAGON (6.000 hombres)

DELANTERA

Al mando de García Romeu, alférez real, unos mil jinetes (tercera parte de la caballería aragonesa) e infantería y caballeros villanos de los Concejos de Burgos, Carrión, Cuellar, Escalona, Sepúlveda y Talavera, se puede suponer que al menos otros mil hombres (tercera parte del total de las milicias de estos Concejos).

CENTRO

Al mando de Aznar Pardo, Jimeno Cornel y Miguel de Luesía, mayordomo real. Se puede suponer un efectivo de otros dos mil hombres, igual que la delantera y la zaga.

(4).- Esta hipótesis es especulativa pues tanto las fuentes como las interpretaciones de diferentes autores se contradicen mutuamente y cada uno define los órdenes de batalla de los dos ejércitos de forma diferente.

(5).- Según Alvira Cabrer (2000: apéndice II, págs.606 y ss.)

ZAGA

Al mando de Pedro II de Aragón, con los obispos Berenguer de Palou de Barcelona y García Frontín de Tarazona.

CUERPO CENTRAL-CASTILLA (15.000 hombres)

DELANTERA

Al mando de Diego López de Haro, señor de Vizcaya, con sus hijos y sobrinos, unos quinientos jinetes más otros quinientos jinetes de caballeros leoneses (conde Rodrigo Froilán y otros) y ultramontanos (arzobispo de Narbona) con unos dos mil peones y caballeros villanos de la milicia del Concejo de Madrid y portugueses.

CENTRO

Muy fuerte, al mando del conde Gonzalo Núñez de Lara y de Rodrigo Diaz de los Cameros la fuerza de protección de flanco (costanera). Unos dos mil jinetes y peones de élite de las Ordenes Militares de Santiago con su maestre Pero Arias, del Temple con su maestre provincial de Castilla y León Gómez Ramírez, del Hospital con su prior en Castilla Gutierre Armillez y de Calatrava con su maestre Ruy Diaz de Yanguas. Además formaban las tropas de los Concejos de Almazán, Atienza, San Esteban de Gormaz, Berlanga, Ayllón, Medinaceli, Cuenca, Huete, Alarcón, Guadalajara y Maqueda. Cabe suponer razonablemente unos efectivos de cuatro mil hombres de las milicias concejiles.

ZAGA

Al mando de Alfonso VIII de Castilla con Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo y los obispos de Palencia, Sigüenza, Osma, Avila, Plasencia, Burgos y Calahorra, el alférez real Alvar Núñez de Lara, el mayordomo real Gonzalo Ruiz Girón y numerosos nobles más los Concejos de Toledo, Valladolid, Arévalo, Olmedo, Coca, Palencia, Plasencia y Béjar. Un cálculo conservador sería de unos seis mil hombres entre jinetes y peones.

CUERPO DERECHO-NAVARRA (2.000 hombres)

No hay información respecto a las tres partes en que se dividiría, únicamente que el rey Sancho VII formaría con unos seiscientos jinetes y las milicias de los Concejos de Avila, Medina del Campo y Segovia, por lo que se puede estimar la fuerza total en unos dos mil hombres o algo más.

Orden de batalla del ejército almohade (6)

Formaba en las cinco clásicas partes de los ejércitos del Islam occidental que se mencionaron anteriormente. Además como base de apoyo y eje de operación y mando se estableció en la última posición del despliegue almohade un palenque o recinto cuadrulado en un cerro prominente, fortificado someramente con los bagajes y animales de transporte rodeado de una empalizada con atadura de cadenas en el que se plantó la tienda roja del califa Al-Nasir que era el símbolo de su soberanía y delante de la cual se sentó este durante la batalla.

DELANTERA (10.000 hombres)

La formaban los voluntarios para la guerra santa, tropas heterogéneas y pobremente armadas y entrenadas que constituían una auténtica "carne de cañón" para ser destrozadas por las cargas de la caballería pesada enemiga.

ALAS (10.000 hombres)

Arqueros montados Agzaz y caballería ligera árabe de las tribus Zugba, Riyah, Yusam, Banu Hilal y Banu Sulaym, aliadas de los almohades, más jinetes beréberes. Extremadamente peligrosos con sus tácticas de *tornafuye* y lanzamiento masivo de flechas por su capacidad para destrozarse las formaciones enemigas.

(6).- Según Alvira Cabrer (2000: apéndice II, págs.613 y ss.)

CENTRO (20.000 hombres)

Infantería pesada de las tribus almohades Harga, Kumia, Tinmalla, Hintata, Yanfisa y Yadmiwa y de las tribus almorávides Zannata, Sanhaya, Haskura, Lamtuna y Gazzûla.

Caballería pesada andalusí equipada al modo europeo.

ZAGA (10.000 hombres)

Caballería pesada almohade y algún contingente andalusí con las banderas califales y los tambores.

PALENQUE (10.000 hombres o más)

Infantería pesada de *imesebelen* (*los desposados*), voluntarios que se ataban con cuerdas juramentándose para no retroceder. Infantería pesada de esclavos de raza negra (Guardia Negra) y el séquito del califa.

(La descripción del combate se basa en las obras reseñadas de Alvira Cabrer y Huici Miranda).

Primera fase: Las delanteras de los cuerpos del ejército cristiano cargan.

Después de haberse organizado en las formaciones que previamente se habían acordado por los comandantes, sobre las 8 de la mañana, el alférez del señor de Vizcaya y comandante de la delantera del cuerpo central cristiano, Pedro Arias, enarbolaría el estandarte de los dos lobos negros sobre fondo blanco- pendón de la casa de Haro- y las líneas de la caballería pesada de las tres delanteras comenzarían la carga, lanza en ristre, primero al paso después al trote lento y finalmente al galope,

cuesta abajo desde las posiciones de la Mesa del Rey en dirección a las líneas almohades.

Los jinetes ligeros árabes, beréberes y turcos de la extrema vanguardia del ejército musulmán se retiraron a todo galope dejando visible la vanguardia de los voluntarios de la guerra santa que aguantaron a pie firme la carga que prácticamente les aniquiló.

Segunda fase: Las delanteras y centros del ejército cristiano atacan el cuerpo central almohade.

Llegaron entonces los jinetes cristianos ante las formaciones del cuerpo central del ejército almohade, seguidos de la infantería de los Concejos y de la caballería e infantería de los cuerpos centrales cristianos que seguían de cerca a las delanteras. Este cuerpo central musulmán se veía reforzado por las alas de caballería árabe y turca que tratarían de envolver y desorganizar a las formaciones cristianas atacantes empleando sus tácticas de *tornafuye* y de lanzamiento masivo de flechas, tácticas que no dieron resultado debido al poco y abrupto espacio disponible para la evolución de la caballería y a la disposición táctica adoptada por los cristianos con formaciones de infantería y caballería como sostén de los flancos (costaneras). En estas condiciones la batalla se convierte en un enfrentamiento generalizado en el que el centro almohade va cediendo terreno ante el empuje cristiano.

Tercera fase: Entrada en batalla de la zaga almohade y contraataque musulmán.

En estas condiciones y siendo sobre las 12 o 13 horas, el califa Al-Nasir mediante los toques de los tambores de órdenes lanzó a la batalla la zaga de su ejército compuesta de caballería pesada que estaba en reserva. Esta caballería que cargó cuesta abajo hizo tambalearse el dispositivo cristiano que soportaba una dura lucha en inferioridad numérica desde hacía varias horas e incluso algunas fuerzas concejiles retrocedieron provocando ansiedad en Alfonso VIII que creyó ver el pendón de don Diego López en huida cuando era el del Concejo de Madrid, que por ser un oso negro sobre fondo blanco, se confundía en la lejanía y la polvareda de la pelea con el de aquel.

Todo indica que este momento fue el punto crítico de la batalla y que si la caballería ligera musulmana hubiese podido evolucionar con espacio suficiente es muy posible que se hubiese repetido el desastre de Alarcos al envolver a los cristianos.

Cuarta fase: Las zagas cristianas atacan, carga de los tres reyes.

Calmando la ansiedad de Alfonso VIII que quería lanzarse a la batalla a como fuese, sus consejeros esperaron hasta que la totalidad de las fuerzas almohades- excepto las que guarnecían el palenque- estuviesen comprometidas para, sobre las 14 o 15 horas, lanzar a las zagas cristianas con los reyes al frente en una carga irresistible que acompañada de maniobras de flanqueo de los contingentes aragoneses y navarros cayó en tromba sobre las formaciones almohades que empezaron a ceder y a desbandarse abandonando sus posiciones.

Quinta fase: asalto al palenque y persecución.

Sobre las 17 o 18 horas la caballería cristiana, deshechas y en fuga las tropas almohades, convergió sobre el palenque en el que permanecían los *imesebelen* y la Guardia Negra del califa y tras cierto forcejeo penetró en el recinto masacrando a ambos contingentes, en tanto el califa había huido a uña de caballo hacia Baeza y Jaén.

Mientras los peones saqueaban el campamento almohade, la caballería emprendía la persecución de los numerosos fugitivos causándoles más bajas que en la batalla propiamente dicha. Esta persecución se prolongó durante 20 kilómetros hasta Vilches y hasta las 21 o 22 horas en que cayó el sol.

Más allá de exageraciones numéricas muy propias de las crónicas cristianas y musulmanas es evidente que las bajas del ejército almohade fueron muy importantes y que todo el sistema defensivo del norte de Jaén saltó hecho añicos. En los días siguientes los cristianos ocuparon Baeza y Úbeda antes de tener que retirarse debido a una epidemia, probablemente de disentería, hacia el 23 o 24 de julio.

Consecuencias de la batalla

Como es normal las interpretaciones sobre las consecuencias de la batalla de Las Navas de Tolosa difieren grandemente de unos historiadores a otros, pero es evidente que la "línea del frente" cristiano-musulmán después de ella pasó de las llanuras de La Mancha a las montañas de Sierra Morena en Jaén, proporcionando una base estratégica desde la que Fernando III conquistaría a mediados del siglo la Andalucía occidental haciendo ya totalmente inviable la recuperación por los musulmanes de los territorios perdidos ni siquiera con el concurso de la última de las invasiones africanas de los Benimerines.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVIRA CABRER, MARTÍN: “Guerra e ideología en la España medieval: Cultura y actitudes Históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213), 2000, Tesis Doctoral Universidad Complutense de Madrid.
<http://eprints.ucm.es/2523/>
- GARCÍA FITZ, FRANCISCO: “La organización militar en Castilla y León (siglos XI-XIII)”, 2001, Revista de Historia Militar, Ministerio de Defensa, Madrid.
- HUICI MIRANDA, AMBROSIO: “Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas”, 2000, Editorial Universidad de Granada.
- JIMÉNEZ DE RADA, RODRIGO: “Historia de los hechos de España”, 1989, Alianza Editorial, Madrid.
- MAÍLLO SALGADO, FELIPE: “El arabismo Algez (Al- Guzz). Contenido y uso”, Revista “Historia, Instituciones, Documentos” nº 26, 1999, Universidad de Sevilla.
- MARTÍNEZ LORCA, ANDRÉS: “ La reforma almohade: del impulso religioso a la política ilustrada”, 2004, Revista Espacio, tiempo y forma, nº 17 de la facultad de Geografía e Historia de la UNED.
- MARTÍNEZ VALVERDE, CARLOS: “Sobre el modo de ser y de combatir de las Ordenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa en la Edad Media”, 1983, Revista de Historia Militar, Servicio Histórico Militar, Madrid.
- NICOLLE, DAVID: “ European Medieval Tactics (I)”, 2011, Osprey Publishing, Oxford.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, CLAUDIO: “Orígenes de la Nación Española. El reino de Asturias” 1985, SARPE, Madrid.
- VARA THORBECK, CARLOS: “Las Navas de Tolosa una batalla decisiva en la Historia de España”, Anuario real Academia de Bellas Artes de San Telmo, 2005, Málaga.
- VIGUERA MOLINS, M^a JESÚS: “La organización militar en Al-Andalus”, 2001, Revista de Historia Militar, Ministerio de Defensa, Madrid.